El Experimento de Mona

El verano había sido un torbellino de días indistintos para Mona, un adolescente cuya existencia parecía orbitar entre el resplandor parpadeante de su Xbox, el crujir de bolsas de papas fritas y el aroma polvoriento de viejos cómics apilados en su habitación. Las vacaciones, como un río desbocado, se deslizaban entre sus dedos sin que él apenas lo notara, hasta que el calendario lo traicionó: faltaba un solo día para el regreso a clases. Fue entonces, en un destello de pánico tardío, cuando las palabras de la maestra Clarita resonaron en su mente como un eco molesto: “No olviden sus proyectos para la feria de ciencias, chicos”. Mona no había preparado nada. Ni una idea, ni un esbozo, ni siquiera la más mínima intención.

La noche antes del fatídico retorno, con el reloj marcando las horas como un verdugo implacable, Mona se lanzó a una búsqueda frenética en YouTube. Entre tutoriales dudosos —cómo fabricar napalm casero con jugo de naranja o construir una pistola improvisada con un tubo y un clavo— su atención divagaba. Se perdió en un videoensayo conspiranoico que aseguraba que Paty Chapoy, la icónica presentadora de televisión, había sido reemplazada por un clon creado por agencias de inteligencia para manipular el discurso público. Estaba a punto de rendirse cuando tropezó con algo peculiar: un video borroso, subido por un usuario anónimo, protagonizado por una figura inquietante con una máscara de gas y una voz distorsionada que prometía revelar el secreto para crear un homúnculo.

La receta era absurda pero intrigante: un huevo crudo, un chorro de refresco de cola y “algo personal” de la persona a replicar. El narrador, con su tono grave y entrecortado, finalizaba con una instrucción críptica: añadir “tu semilla”. El subtitulado, mal traducido y lleno de errores, no aclaraba si se refería a una semilla literal o a un eufemismo grotesco. Mona, con la practicidad de quien no tiene tiempo para filosofías, decidió optar por lo tangible y rebuscó en el bote de basura hasta dar con un hueso de durazno húmedo y pegajoso.

Su habitación, un caos de reliquias adolescentes, albergaba un librero que era más un mausoleo de chatarra que un mueble funcional: piezas electrónicas oxidadas, llaves de puertas olvidadas, frascos con líquidos viscosos de origen desconocido y un revoltijo de libros y revistas amarillentas. Entre aquel desorden, Mona encontró un mechón de cabello que había cortado meses atrás a su compañero Limpias —un apodo irónico, pues siempre olía a jabón de lavanda y desodorante cítrico — durante un intento fallido de “emparejarle la melena”. Con los ingredientes reunidos, el pánico dio paso a una extraña euforia. Se preparó un café instantáneo, despejó su escritorio con un barrido impaciente y se puso manos a la obra.

El video, grabado con una calidad que parecía sacada de una cámara desechada en los noventa, ofrecía instrucciones vagas y contradictorias. Mona vertió el refresco de cola, que burbujeó al contacto con el huevo roto, y mezcló con una cuchara vieja mientras el líquido adquiría una consistencia viscosa y opaca. Añadió el mechón de cabello y, tras dudar un instante, trituró el hueso de durazno con un martillo hasta convertirlo en un polvo tosco que esparció en la mezcla. El resultado era una masa gelatinosa que desprendía un olor acre, como a caramelo quemado y sudor rancio. No se parecía en nada a lo que el video mostraba —o eso creía, porque la pantalla pixelada apenas dejaba entrever algo—, pero Mona, con las manos temblorosas por la cafeína y la adrenalina, se convenció de que estaba en el camino correcto.

“Esto no es un volcán de bicarbonato para niños”, se dijo, inflando el pecho con un orgullo inmerecido. “Soy un hombre de ciencia”. Las instrucciones terminaban con una nota: dejar reposar la mezcla toda la noche. Perfecto. Al día siguiente, tendría un homúnculo para impresionar a todos en la feria. Se imaginó sosteniendo el trofeo de primer lugar, rodeado de aplausos, mientras la maestra Clarita lo miraba con asombro y Limpias le pedía disculpas por haber dudado de él.

Agotado pero satisfecho, dejó el tupper con la mezcla sobre el librero y, como ritual nocturno, se recostó a ver una película japonesa de gore extremo. Entre sierras chirriantes y gritos agudos, sus párpados se rindieron justo cuando una joven en la pantalla estaba a punto de ser decapitada. Esa noche, soñó que exploraba Marte junto a su perro Chispita, un chihuahua imaginario con gafas de aviador, en busca de "nenas alienígenas" de curvas imposibles. En su sueño, Mona era un héroe galáctico, y el universo era un patio de juegos absurdo.

El amanecer lo arrancó de sus fantasías con la promesa de la realidad. Saltó de la cama, ansioso por ver su creación, pero al destapar el tupper encontró la mezcla casi intacta: apenas había unas burbujas diminutas en la superficie, como si el experimento se burlara de él. "Tal vez necesita más tiempo", murmuró, aunque una sombra de duda se coló en su mente. Con el reloj en su contra, decidió acelerar el proceso. Inspirado por alguna película extranjera de dudosa procedencia —o quizás por otro video bizarro de internet—, metió el tupper al microondas y lo programó por treinta segundos. El zumbido del aparato llenó la habitación mientras Mona contenía el aliento, convencido de que el calor catalizaría la vida.

No se atrevió a abrirlo después. Envolvió el recipiente en una bolsa y lo llevó a la escuela, aferrándose a la esperanza de que su homúnculo estuviera gestándose en el interior. La primera clase fue matemáticas, impartida por el profesor Venegas, un hombre sin patillas en el pelo con un bigote desproporcionado y un humor mordaz. Al notar el tupper en el pupitre de Mona, se acercó con una sonrisa torcida. "A ver si no me botaneo este almuerzo, rufián", dijo, arrancando la tapa con un gesto teatral. Lo que vio lo dejó petrificado: su rostro se tornó blanco como la tiza, sus manos temblaron y cerró el recipiente de golpe. Sin una palabra, regresó al frente del aula y continuó la clase con un leve tartamudeo que no pasó desapercibido. Mona, intrigado pero demasiado nervioso para investigar, se limitó a asegurar la tapa con fuerza.

La hora de la feria llegó al mediodía. Los alumnos dispusieron sus proyectos en un círculo alrededor del salón: robots chirriantes hechos con piezas de Lego, maquetas de placas tectónicas con luces LED, incluso una chica había traído a un geólogo local como apoyo visual. Mona, en cambio, tenía un tupper y una cartulina garabateada con titulares sensacionalistas: "Científicos rusos descubren la clave de la vida eterna", "El gobierno oculta la verdad sobre los homúnculos". Había adornado el texto con dibujos de su supuesta creación, un ser rechoncho con ojos saltones que parecía un Pokémon mal calcado. Mientras la maestra Clarita recorría los proyectos, Mona sentía el sudor resbalar por su nuca. Cada elogio que ella dedicaba a los demás —"¡Qué ingenioso!" "¡Muy bien investigado!"— era un clavo en su ataúd.

Cuando llegó su turno, Mona tragó saliva y comenzó a divagar. Habló de conspiraciones federales, sectas satánicas y secretos arcanos que las élites escondían del pueblo. La maestra, con su paciencia habitual, asentía cortésmente, aunque sus ojos reflejaban una mezcla de confusión y lástima. "Bueno, Mona, ¿puedes mostrarnos tu experimento?", interrumpió al fin. Con dedos temblorosos, él abrió el tupper y lo inclinó hacia ella. El rostro de Clarita se desencajó: sus pupilas se dilataron, su piel perdió color y un jadeo ahogado escapó de su garganta. No dijo nada. Solo cerró el recipiente con un movimiento brusco y pasó al siguiente proyecto, visiblemente alterada.

Mona no se atrevió a mirar dentro. ¿Qué habían visto el profesor y la maestra Clarita que los había dejado así? La incertidumbre lo carcomía, pero el resto del día transcurrió en una niebla de rutina. Rosita, la chica nerd con gafas de montura gruesa, ganó el primer lugar con un colisionador de partículas en miniatura. Mona apenas lo registró. Al llegar a casa, arrojó el tupper a la basura —sabiendo que su madre lo reprendería por arruinarlo— y se hundió en una maratón de videos insulsos: cómo cazar caribúes, criptomonedas para dummies, teorías sobre narices grandes y

genialidad. Esa noche, soñó que se transformaba en una cucaracha gigante, volando sobre una ciudad que lo temía. “Sería genial ser un hombre cucaracha”, pensó en su delirio onírico.
Los días siguientes fueron un borrón de normalidad. El experimento se desvaneció de su mente como un mal chiste, reemplazado por obsesiones pasajeras: listas de películas perturbadoras, discusiones con amigos sobre gore y un fin de semana dedicado a un videojuego de ratones karatekas mutantes. Pero algo lo inquietaba. Pequeños detalles fuera de lugar —un libro caído del librero, una puerta entreabierta, marcas de mordiscos en el queso del refrigerador— lo acosaban como susurros en la penumbra. “Debe ser un ratón”, se dijo, y tramó un plan.

Pidió prestado un gato a su amigo Chupe, un ermitaño flaco que apestaba a tabaco y vivía rodeado de felinos. A cambio de una caja de cigarrillos Red Apple, Mona obtuvo un gato pardo de mirada feroz. Lo llevó a casa con una cuerda improvisada como correa y lo soltó en su habitación con una lata de atún como incentivo. Esa noche, mientras escribía un ensayo apasionado pero incoherente en un foro sobre la decadencia de la animación tradicional, oyó ruidos: arañazos, un maullido grave y, de pronto, un alarido agudo y humano que lo arrancó del sueño. “El gato cazando al ratón”, se tranquilizó, aunque su corazón latía desbocado.

A la mañana siguiente, encontró al gato jugueteando con algo en el suelo. Tras distraerlo con una bola de estambre, Mona se agachó para inspeccionar su presa. Lo que vio lo hizo retroceder con un grito ahogado: era una figura diminuta, no más alta que un lápiz, un cuerpo desnudo y ensangrentado con el rostro de Limpias, su compañero de cabello cortado. La expresión de la criatura —ojos abiertos en terror, boca torcida en un rictus de dolor— era una pesadilla tallada en carne. Sus manos minúsculas estaban crispadas, como si hubiera luchado hasta el final. Mona palideció, el aire se le atoró en la garganta. Había creado vida. Una vida abominable.

No supo cuánto tiempo pasó mirando aquel horror. Su mente se fragmentó, incapaz de procesar lo que había hecho. Con manos temblorosas, recogió el cadáver y lo arrojó al inodoro, tirando de la palanca como si así pudiera borrar su pecado. Devolvió el gato a Chupe esa misma tarde, balbuceando una excusa sobre alergias. Al volver a casa, desconectó su computadora, apagó su Xbox y se encerró en un silencio que duró semanas. Nunca volvió a tocar internet. Nunca habló del homúnculo. Pero en las noches, cuando el sueño lo eludía, podía jurar que escuchaba un susurro débil y agónico desde las tuberías, un eco de algo que no debió existir.